



Virtualia

Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana

Octubre 2001 • Año 1 • Número 3

#3

Octubre 2001

SUMARIO

Cómo se inventan nuevos conceptos en psicoanálisis

Por Jacques-Alain Miller

La Escuela se hace de las resonancias de lo que pasa

Por Leonor Fefer

El acto y su borramiento

Por Miquel Bassols

Entrevista con Guillermo Kuitca

Por Josefina Ayerza

El sujeto-amor, el sujeto-mujer, la histeria y la muerte

Por Juan Carlos Indart

La experiencia del control

Por María Cristina Martínez de Bocca

WTC - 11 de septiembre de 2001

Por Germán García

Hijos de la ciencia: informan a un niño

Por Alicia Vilchansky

Modalidades del objeto en un psicoanálisis

Por Elisa Alvarenga

La segregación

Por Jorge Yunis

Dinámica de la formación del psicoanalista

Por Alexandre Stevens

La pastilla y el analista

Por Patricia Markowicz

Reportaje a Angelina Harari

La Orientación Lacaniana en Brasil

Por Mario Goldenberg

Modalidades del objeto en un psicoanálisis

Por **Elisa Alvarenga**

Elisa Alvarenga es AE de la Escuela Brasileira de Psicoanálisis. Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP).

A partir de un testimonio de pase, surge la interrogación acerca del destino del amor en el final del análisis, planteando el saber hacer en el post-analítico como resto de su aventura libidinal, más allá de cualquier ideal terapéutico, que intentaría calmar la pulsión para aliviar al sujeto.

Propongo aquí interrogar el destino del amor en el final del análisis, a la luz de la frase de Lacan, en la última clase de El Seminario 11: “Más allá de la función de la a la curva se vuelve a cerrar, allí donde nunca es dicha, en lo concerniente a la salida del análisis. A saber, después de la localización del sujeto con respecto al a, la experiencia del fantasma fundamental se convierte en la pulsión [...] Hasta ahora solo es abordable al nivel del analista, por cuanto se le exigiría precisamente el haber atravesado en su totalidad el ciclo de la experiencia analítica” (1).

Este párrafo es fundamental para nosotros, en la medida en que nos permite pensar la pregunta respecto al post analítico, lanzada por Jacques-Alain Miller y enfocada en la formación del analista. Más allá del ciclo que se concluye con la experiencia analítica, más allá de la producción del analista con el acto del pasaje de psicoanalizante a psicoanalista, tenemos el modo en que el sujeto vive la pulsión luego del atravesamiento del fantasma y la manera en que opera con el deseo del analista. Si en el pase el sujeto encuentra un nombre de goce, con la reducción a una letra de los significantes que lo marcaron, “no existe el matema del goce definitivo”, decía Éric Laurent en San Pablo el 21 de abril de 2001. Así, lo que Laurent nos indica trae la experiencia del infinito actual como una solución imposible para reunir la dimensión del significante y del objeto, de la representación o sentido y del goce.

Pero ¿cómo la experiencia del fantasma fundamental se reduce a la pulsión si ésta es, para Lacan, el sujeto articulado a la demanda? La gramática de las pulsiones freudianas se vuelve –en Lacan– demanda; pero no una demanda cualquiera, dice J.-A. Miller. En esa demanda el sujeto desaparece, quedando solamente el corte significante que está presente en el concepto freudiano de zona erógena y en el concepto de objeto parcial (2).

En “Subversión del sujeto...” Lacan dice que el objeto es el “pañó” del sujeto (3), aquello que responde al eclipse del sujeto ligado a su división por la subordinación al significante (4).

La fórmula del fantasma muestra justamente al sujeto marcado por la falta, que pide la función de un objeto que lo complemente e incluso que lo defina. Así, el concepto de pulsión es necesario para responder a la pregunta ¿dónde está el sujeto? Como el sujeto no encuentra respuesta en el significante, pues falta un significante que lo defina –S (A/)– elabora su respuesta a nivel de la pulsión. El objeto surge entonces en el lugar de la falta del sujeto del inconsciente. “El sujeto no es otra cosa que un objeto tal” (5).

En “Posición del inconsciente”, Lacan presenta el momento de separación del sujeto: el sujeto se realiza en la pérdida en que surgió como inconsciente, mediante la falta que produjo en el Otro, de acuerdo con el trazado de la pulsión. Así, la pulsión freudiana es el trayecto entre el sujeto del inconsciente y el deseo del Otro. El conjunto vacío del sujeto y la falta del Otro se recubren y se positivizan como un objeto, y el cuerpo viene a prestar una de sus partes para satisfacer a esta función lógica. El objeto a es una consistencia lógica, dice Miller, está hecho de esas dos faltas y esa función lógica se apropia de partes del cuerpo donde se realizan los objetos a. “Lo que llamamos objetos a son sólo realizaciones de la fórmula lógica que es el objeto a” (6).

Cuando el sujeto está en el plano de la identificación, la pulsión está enmascarada por el fantasma. La localización del sujeto en relación al a permitirá el franqueamiento del plano de la identificación, a través de la separación, donde el sujeto se confunde con el a. La fórmula del fantasma escribe la relación del sujeto con el goce de forma imaginaria y cuando el sujeto se localiza en relación al a, el fantasma se vuelve la pulsión.

Podemos decir entonces que el objeto a como plus-de-goce es lo que tendría que desprenderse del fantasma para dar acceso al a como ser propio del sujeto. En El Seminario 20, Lacan nos va a decir que “lo simbólico, al dirigirse hacia lo real, nos demuestra

la verdadera naturaleza del objeto a” (7). Parece dar el soporte del ser, pero no es más que un semblante de ser. El objeto a no es ningún ser (8). Es lo que supone de vacío una demanda que nos permite imaginar lo que puede ser un deseo que ningún ser soporta. En el deseo de toda demanda, no hay más que búsqueda del objeto a, objeto que iría a satisfacer el goce. El partenaire de este sujeto de toda frase de la demanda no es el Otro sino lo que viene a sustituirlo como causa del deseo, diversificados en cuatro: objeto oral, objeto anal, mirada y voz. En tanto sustitutos del Otro estos objetos son reclamados y vueltos causa de deseo. Y Lacan concluye este párrafo difícil, donde el plus-de-goce se confunde con la causa del deseo, diciendo: “la reciprocidad entre el sujeto y el objeto a es total. Para todo ser que habla, la causa de su deseo es estrictamente equivalente [...] a lo que llamé su división de sujeto” (9).

$S = a$

Retomando la frase de Lacan: luego de la distinción del sujeto en relación al a, la experiencia del fantasma fundamental se vuelve la pulsión, y sólo podemos pensar que en esta equivalencia del sujeto con el a, en el nombre de goce que él encuentra para sí en el final –al dejar caer los objetos plus-de-goce– el sujeto no encuentra más que un semblante de ser, ser de deseo, sostenido en el saber hacer, en el trayecto pulsional que evidencia el vacío lógico del sujeto.

A partir de estas consideraciones, intentaremos localizar a lo largo de un recorrido de análisis, las realizaciones del objeto pequeño a, es decir, las modalidades bajo las cuales éste se presenta.

Este camino del amor de transferencia a la pulsión, nos exigirá articular el objeto de la pulsión con la función del significante, función a la cual se dirige el amor en el inicio de un análisis.

El objeto fálico

Antes del análisis, diría que este sujeto intentaba circunscribir el goce –nombre lacaniano para la libido freudiana– a través del significante fálico, identificándose del lado masculino de las fórmulas de la sexuación: sujeto dividido por el goce fálico.

Dividido contra sí mismo, se encontraba bajo el yugo de un imperativo que se manifestaba como ley del inconsciente, cuyo producto era el goce sintomático. En La ética del psicoanálisis, Lacan nos da elementos para pensar esta ley: la estructura del inconsciente se regula según la ley del placer y del displacer, según la regla del deseo indestructible, ávido de repetición. “La relación dialéctica del deseo y de la Ley hace que nuestro deseo sólo arda en una relación con la Ley, por la cual deviene deseo de muerte” (10). Así, la ley que inicialmente sería aquella del principio del placer, se vuelve la exigencia de encontrar lo que se repite, más allá del principio del placer. De esta ley el sujeto padece en el momento en que busca un análisis.

En El Seminario El reverso del psicoanálisis esa ley del inconsciente se formaliza en el discurso del amo –el mismo discurso del inconsciente– cuyo agente es el significante amo bajo el cual el sujeto se localiza identificado a su imperativo. El fantasma fundamental subyace a este imperativo de la ley del significante amo. “La repetición es de alguna manera la forma desarrollada del fantasma, en el mismo sentido en que el fantasma es la forma concentrada de la repetición. La repetición merece llamarse síntoma, pues nos presenta, en efecto, una repetición de goce” (11), dice Jacques-Alain Miller. Se pregunta entonces si se trataría, en el final del análisis, de una detención en la repetición o de un nuevo uso de la repetición.

Sin querer responder rápidamente a esta pregunta, diríamos que en el final del análisis, se trata de ir más allá de la ley del discurso del amo, discurso del inconsciente: se trata de pasar de la posición de sujeto sujetado al significante amo al uso del significante amo por el sujeto, movido por el objeto, causa del deseo. En otras palabras, del inconsciente en tanto ley al inconsciente como posibilidad de invención.

El S₁ y el fantasma

Identificado al significante fálico el sujeto interrogaba entonces al Otro, en el intento de escapar a la castración. Bajo el imperativo del significante amo, se ofrecía como objeto fálico para hacer existir al Otro. El encuentro con la orientación lacaniana fue justamente a través del texto “La clínica del Superyó”, donde Miller presenta el superyó lacaniano como imperativo de goce. El encuentro con el significante del analista se dio en la misma dirección al asistir, en la ECF, a una conferencia de aquel que encarnaría esa función. Fue tomada en las redes del significante de la transferencia, que la representó para el significante

cualquiera del analista. Sólo en el final del análisis se dio cuenta que este significante cualquiera reunía dos rasgos: la severidad supuesta al padre, en la vertiente del superyó, y el saber supuesto a la madre, en una vertiente del ideal del Yo.

La entrada en análisis se produjo cuando percibió la vanidad de su búsqueda de un Otro del Otro, Uno que la garantice, con la caída del analista de A a a, del significante que lo representaba al objeto a. Esta caída, decisiva en el final del análisis, es aquí la señal de un cambio de discurso. El sujeto pasa del discurso del amo, donde un significante lo representa para el analista en el lugar del Otro teniendo como producto el goce, al discurso histérico, donde se pone al trabajo interrogando al significante amo y produciendo saber. La destitución subjetiva, que deberá ocurrir en el final del análisis, está inscrita en la tarjeta de entrada (12).

En el momento de la entrada en análisis, percibe que la estrategia metonímica de sustituir un objeto por otro se estancaba, con el aislamiento de una frase que configuraba el imperativo del significante amo: “traicionar, ser castigada”. S1, traicionar, S2, ser castigada, incidencia del Otro sobre el significante del sujeto experimentado como sufrimiento. Por detrás de esa primera frase –que creía ser la fórmula del fantasma– se vino a revelar, en el final del análisis, una segunda frase que enunciaba su manera de experimentar la castración. El fantasma fundamental –velado por la estrategia escenificada en la primera frase– escribe la relación del sujeto con el goce de manera imaginaria, al modo de la fórmula freudiana “un niño es pegado”.

Del falo al pequeño a

El fantasma fundamental tiene su matriz en la infancia, en ocasión de la pérdida real del padre y de la revelación hecha al sujeto por el Otro materno, del deseo de ir junto con él. El abandono por el deseo de la madre es velado por su esfuerzo en cuidar de la castración materna, ofreciéndose como objeto fálico para sostener la imagen de esa mujer idealizada que le transmitió del padre la imagen de la severidad.

En el inicio de la adolescencia, la pérdida es reactualizada por el encuentro entre su madre y un nuevo partenaire amoroso. Una escena de esta época viene a exteriorizar su posición como objeto mirada, excluido del par formado por la madre y su nuevo compañero. Sintiendo traicionada, va a entregarse desde entonces a la búsqueda de un sustituto para el primer objeto de amor, repitiendo su primera frase. Traicionar, S1 tomado en préstamo del Otro, ser castigada, en la decepción que no cesa de encontrar.

El objeto mirada indica el trayecto pulsional: objeto excluido de la pareja parental, el sujeto se hace ver, en el intento de recuperar esta mirada sobre sí. Si permanece en la posición de mirar, espectador excluido de la escena, el goce es recuperado en el síntoma al nivel de los ojos, convirtiendo en el órgano el malestar experimentado por el sujeto.

Los síntomas en el cuerpo, frecuentes en la infancia, pueden ser articulados al fantasma donde el sujeto se reduce a un objeto que hace par con el Otro. El trayecto de la pulsión bordea el objeto, produciendo una satisfacción masoquista en el síntoma. La reducción del sujeto a un dolor de oído, es decir, a un borde pulsional, ocurrirá en ocasión del desvío del deseo materno. El objeto voz se encarna a veces en el llanto del sujeto, a veces en la voz del Otro representado por la pareja que conversaba en lengua extranjera, asemántica para el sujeto, haciendo suponer allí el máximo de sentido.

El síntoma central, una larga anorexia, se instala en un momento de separación del Otro: identificada al objeto abandonado, repite su primera frase. Este síntoma –intento de sostener el deseo, a duras penas– no deja de ser un llamado al Otro, a quien angustia, con la estrategia de rechazar lo que éste quiere darle. Hay allí un intento de retorno al Otro: del fantasma de hacerse devorar por su amor pasa a comer o no comer, situando al objeto oral ofrecido por el Otro en primer plano. La anorexia real es rechazo del cuerpo, de la castración, de la femineidad, acentuando la identificación fálica: “ser el falo, aunque fuese un falo un poco flaco. ¿No es ésta la identificación última con el significante del deseo?” (13). Por otro lado, comer nada se manifiesta en la anorexia mental, en no querer saber nada de todo eso. Nada podía recibir del Otro, que convocaba en su demanda de amor.

El analista como objeto

Al llegar al análisis devastada por el imperativo de goce del superyó, el primer acto del analista fue decirle no, encarnando una función hasta allí en sufrimiento: el padre severo fue reencontrado en el semblante que inicialmente encarnó. Más que una función significante, se trataba de la voz áfona del superyó, aquél que exige el goce y así lo localiza, sin ninguna concesión al sufrimiento del sujeto. Esa voz del superyó, encarnada en las fuentes de devastación para el sujeto, se concentró en la voz del

analista llevando a transferir el goce masoquista a la neurosis de transferencia. En vez de continuar andando en círculos, pasó a dar vueltas en la superficie de un toro.

Son obtenidos efectos del trabajo de análisis, inicialmente de mortificación por el trabajo del significante. De la posición de ser el falo y no tener nada, puede ir a tener algo, siempre buscando en el analista un sostén para su deseo.

Una primera caída del Sujeto supuesto Saber se manifiesta cuando el analista cae del lugar de Sujeto supuesto Saber hacer el padre, primera caída de una serie, revelando la falta de garantía que la transferencia cobijaba. La analizante constató inicialmente que el analista no podía darle el saber que deseaba en aquél momento sobre ser madre. La cuestión de la femineidad se escondía por detrás de la de la maternidad, así como el Sujeto supuesto Saber se encontraba hasta entonces articulado al semblante paterno.

Mi hipótesis es que las declinaciones del Sujeto supuesto Saber son estrictamente correlativas del aislamiento del objeto como consistencia lógica, recubrimiento de la falta en el Otro con la falta del sujeto. Allí el analista irá a encarnar el a, manteniéndose lo más lejos posible del ideal en el cual al analizante le gustaría verlo encarnado.

Pues ¿qué es el Sujeto supuesto Saber sino el sujeto del inconsciente al trabajo, como efecto de la dirección de un significante que representa al sujeto hacia un significante cualquiera del analista? En el inicio del análisis el sujeto, representado por el significante de su síntoma, se dirige al analista desdoblado la cadena de significantes en la llamada asociación libre.

El algoritmo de la transferencia introducido por Lacan en la “Proposición...” (14) nos muestra que el Sujeto supuesto Saber es un efecto de esa relación establecida entre el significante del analizante y el del analista. El analista, representado por el significante cualquiera, deberá caer hacia el lugar de pequeño a: “el analizante sólo termina si hace del objeto (a) el representante de la representación de su analista” (15). Más allá de sus vestiduras imaginarias, semblantes que el analista puede encarnar para un sujeto, más allá de la dimensión del significante cualquiera, el analizante verá al analista caer del lugar del Otro del saber al lugar del a, objeto libidinal.

El analista supo hacerse mirada, mirada que operaba a la manera de interpretación. Inicialmente articulado al semblante del padre severo, esta mirada permaneció como referencia desde donde podía verse. Este tiempo de alienación, fundamental, exigió el consentimiento del sujeto a la experiencia de la transferencia, condición sine qua non para una separación posterior. Como lo dice Jacques-Alain Miller, sólo llegamos a S(A/) y al Otro que no existe pasando por el Otro (16). Fue así construyéndose sin que lo percibiese, su propio lugar como objeto.

Hasta entonces el objeto se hizo presente como tapón de la castración bajo las formas de la nada, del objeto oral y del objeto fálico, encarnado por el hijo. Con el objeto mirada, se manifestaba sobre todo la inhibición respecto al saber. La bulimia en relación al saber del Otro, volvía a este último más consistente cuanto más el sujeto se ponía en la condición de espectador excluido de la escena donde el saber se producía. Se mantenía así la anorexia mental, tal como Lacan la presenta: las ideas eran siempre del Otro.

Este momento que denominé de pasaje más allá del padre, tiene como consecuencia en su vida la emergencia de la pulsión, el retorno de la libido hasta entonces mortificada a lo largo del trabajo de análisis. Esta libido exige ahora satisfacción, más allá de la satisfacción masoquista ligada a la lógica del significante. Es sorprendida por un nuevo deseo; sin embargo, y en el mismo golpe, pierde la garantía del Otro que la sostenía en su camino. De la garantía del fantasma, donde el sujeto se articulaba al objeto que se proponía ser para tapar la falta del Otro –(\$ a)– debe ahora avanzar frente a un Otro barrado, al cual le falta un significante que defina el ser del sujeto. El sujeto partenaire de este Otro barrado no es más el sujeto representado por un significante, sino el sujeto en torno a la pulsión –(A/ \$)–. Es con la pulsión, en la demanda de satisfacción, que el sujeto va a intentar responder a su pregunta: ¿qué soy?

La barra sobre el Sujeto supuesto Saber coloca al analista bajo sospecha, revelando la transferencia negativa. Caída la máscara amorosa, el sujeto se interroga en el intento de aprehender el saber depositado en la experiencia. El saber del que se trata ahora es el saber que deberá elaborar.

Del semblante del padre severo, pasando por la función del padre real –aquél que produce efectos por sus interpretaciones– el analista cayó a la posición de objeto. Concentraba sobre sí, paradójicamente, el agalma y el kakon, objeto que el analizante quería vorazmente incorporar y destruir: “Yo te amo, pero porque inexplicablemente amo en ti algo más que a ti –el objeto a minúscula–, yo te mutilo” (17).

El analista se vuelve, temporariamente, un objeto malo. El ruido rutinario en su consultorio, retorna en lo real bajo la forma de un zumbido que la atormenta. Se vuelve un punto negro, un cuerpo extraño, del cual la analizante se quiere librar, pero teme separarse. Este objeto, presentificado de esta manera en el punto negro, no deja de evocar un objeto de la demanda del Otro, que quería extraer del sujeto contra su voluntad. Podemos ver aquí entonces la realización del objeto de la demanda anal, a través del cual el sujeto acepta la separación.

Esta aventura libidinal, donde la pulsión se revela freudiana en sus más diversas formas –amor, odio, sadismo, masoquismo, ver, hacerse ver– y lacaniana, en los cuatro objetos destacados por Lacan –devorar, ser devorado, retener, expulsar, oír, hacerse oír– excede cualquier ideal terapéutico que intentaría calmar la pulsión para aliviar al sujeto.

La fórmula vacía

Un sueño va a permitirle llegar a una conclusión, colocando a cielo abierto el vacío: roba de las manos de un miembro de la Escuela, una fórmula, un pedazo de papel –otra modalidad del objeto, cuando no hay en ella un texto– supuesta enseñar cómo hacer existir la relación sexual. A la manera de la fórmula de la trimetilamina que presenta Freud en el momento en que se encuentra con el horror a la castración, esta fórmula quiere denegar aquello que ya se reveló: el Otro falta.

Un segundo sueño resignifica el primero: el analista le entrega, dejándola sola, un personaje, condensación de él mismo con alguien de quien debe separarse. No tiene más con quién hablar. El Otro de la fórmula no existe. El modelo anoréxico de robar las ideas del Otro, según el ejemplo dado por Lacan en “La dirección de la cura...” –aquí, robar la fórmula al Otro de la Escuela– pierde su sentido.

En el momento de hacer el pase, hubo un verdadero cruzamiento entre la práctica como analista y su propia experiencia. El deseo de curar, hasta entonces inconsciente, que se manifestaba en la dedicación –a veces ciega– a la clínica, dio lugar a lo que pudo reconocer después como deseo del analista. Hubo allí un encuentro, contingente, con la figura de La Mujer y la revelación de la mujer no-toda, marcada por la castración que encontramos en el matema del Otro barrado, del lado femenino de las fórmulas de la sexuación (19). Hubo entonces el asentimiento al Otro barrado de una analista no-toda y pudo transmitir que salió de esa experiencia una analista.

Hace mucho había cesado el imperativo del significante amo y buscaba nombrar su posición de goce. Pues debemos distinguir la realización del objeto a como plus-de-goce –suplemento del sujeto barrado– en sus múltiples presentaciones, del objeto a como vacío topológico, lugar del objeto al cual se puede dar un nombre de goce. Con la distinción del sujeto en relación al a, nombrado por la letra de goce, el fantasma fundamental se vuelve pulsión.

Poco antes de la entrada en el procedimiento del pase se le ocurrió, súbitamente, que su nombre de goce era sólo algo tan banal como el abandono. Del fantasma de abandono, en el cual gozaba como objeto del Otro, había pasado a la posición de objeto causa del deseo, abandonando el goce fálico, en el encuentro con el S(A). En el atravesamiento del fantasma se desprenderá del goce masoquista del objeto, consintiendo a la posición de objeto que se abandona, como causa, al deseo del Otro. Encuentra entonces un goce más allá del falo, “en la escala invertida de la ley del deseo” (20).

Hubo entonces un reordenamiento en el nudo borromeo. Si durante el análisis, la preferencia dada al inconsciente tendía a recubrir con lo simbólico todo lo imaginario y lo real, otro corte fue necesario al final, restaurando así el nudo borromeo en su forma original, dice Lacan (21). No había más que decir, sino mucho que hacer. Pasar del amor a la pulsión se traduce aquí por pasar del inconsciente a la pulsión, pues “el fracaso del inconsciente es el amor”.

Si concordamos que no hay nombre definitivo para el goce, podemos pensar que la experiencia de la pulsión, en el final del análisis, es una nueva forma de amor. Un amor que, lejos de cualquier ideal, busca transformar pedazos de real en pedazos

de saber. Es porque ningún nombre de goce satisface el vacío del sujeto, es decir, porque el objeto es semblante de ser, que el infinito continúa a actualizarse en el trabajo post-analítico.

Notas

- 1- Lacan, J., El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Buenos Aires, Paidós.
- 2- Miller, J.-A., “La pulsión es palabra”, en El Lenguaje, aparato del goce. Conferencia en Nueva York y cursos en París, Buenos Aires, Colección Diva, 2000, pág. 128.
- 3- Lacan, J., “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, en Escritos 2, Buenos Aires, siglo veintiuno editores, 1987, pág. 798.
- 4- *Ibidem.*, pág. 796.
- 5- *Ibidem.*, pág. 798.
- 6- Miller, J.-A., Silet, clase del 17 de mayo de 1995. La traducción es nuestra.
- 7- Lacan, J., El Seminario, Libro 20, Aun, Buenos Aires, Paidós, 1991, pág. 114.
- 8- *Ibidem.*, pág. 152.
- 9- *Ibidem.*, pág. 183.
- 10- Lacan, J., El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis, Buenos Aires, Paidós, 1988, cap. VI, pág. 104.
- 11- Miller, J.-A., “Los seis paradigmas del goce”, en El lenguaje, aparato del goce, op.cit., pág. 169.
- 12- Lacan, J., “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela”, en Momentos cruciales de la experiencia analítica, Buenos Aires, Manantial, 1992, pág. 16.
- 13- Lacan, J., “La dirección de la cura y los principios de su poder, op.cit., pág. 607.
- 14- *Ibid.* n.12, pág. 13.
- 15- Lacan, J., “El Atolondradicho”, en Escansión 1, Buenos Aires, Paidós, 1984, pág. 59.
- 16- Miller, J.-A., éthique et formation des analystes, Conferencia en la ECF, 2 de febrero de 1990. La traducción es nuestra.
- 17- Lacan, J., El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, op.cit.
- 18- *Ibid.* n.13, pág. 580.
- 19- *Ibid.* n.7, pág. 89.
- 20- *Ibid.* n.3, pág. 807.
- 21- Lacan, J., L’insu que sait de l’une bévue s’aile à mourre, inédito, clase del 14 de diciembre de 1976. La traducción es nuestra.

Traducción: Marina Recalde